

EL DEVORADOR

Evalina Santiago de Figueroa
Universidad de Puerto Rico, Ponce

- ¿Te vas?
- Sí.
- ¡Cuidate!
- Sí, abuela.
- Recuerda que tú eres lo único que le da sentido a mi vida. Acuérdate de tu padre. Si algo te ocurriera...
Vitín la atrae hacia él y besa su cara sembrada de arrugas.
- Mire, abuela, si no salgo a pescar, en esta casa no se come.
- Busca otra cosa qué hacer.
- ¡Abuela!
- Mientras estás en el mar, desvivo.
- Nada me va a suceder. Lo de mi padre fue una casualidad.
- ¡Por favor, Vitín, deja el mar!
Vitín se echa las redes sobre su espalda y se aleja con paso apresurado.
Es un muchacho robusto y fuerte.
La abuela lo persigue con la mirada hasta verlo desaparecer. Es una anciana de setenta años, menuda y delgada.
- ¡El mar! ¡Cuánto disfruté en el mar! Ahora lo detesto. Me arrebató mi único hijo.
De pronto, su columna vertebral se hiela. Recuerda todavía la veintena de lanchas explorando la bahía en busca de su hijo. El recuerdo la hace vacilar. Le enturbia los ojos.
- Señor, cuida de mi nieto. No te olvides de esta vieja. Bastante he sufrido con lo de mi hijo. Ahora, cuidame a mi Vitín.
La anciana se enjuga una lágrima y torna a sus quehaceres domésticos. Ajeno a lo que piensa la abuela, Vitín comienza a tirar las redes alrededor de la lancha. Luego se dedica a leer a Hemingway.
Vitín es inteligente, un lobo de mar. Conoce casi todos sus secretos. Recuerda a la abuela y sonrío.
- Ella siempre con sus recelos. ¡Cómo goza a mi regreso! ¡Pobrecita!
La abuela se incorpora al percibir el chocar de redes sobre el piso de la cocina. La vuelta de su nieto le causa un gran bienestar.
- ¡Hoy tardaste!
- Los peces estaban en huelga.
- ¿Bromeas? ¿Te han dicho alguna vez que eres un charlatán?
- ¡Sí!
- ¿Quién?
- ¡Tú!
Se abrazan y van al comedorcito.
- Sírveme algo de comer, abuela. Tanta es el hambre que si agarro un tiburón me lo trago con aleta y todo.
- ¡Exagerado!
La anciana se recrea en el apetito de su nieto. Este le recuerda

constantemente a su hijo.

— Hoy tenemos que hablar sobre algo muy importante.

— ¡Tú dirás!

— Te exijo que dejes el mar.

— No puedo abuela.

— Sí, que puedes. Cuando te hallas en el mar, pienso lo peor. ¡Házlo por mí! ¡Escúchame!

Vitín titubea. El mar es parte de su vida, pero la abuela está por encima de todo.

— Te complaceré. Mañana será mi último día en el mar.

— Insisto en que no vayas.

— ¡Basta, abuela! Tengo un encargo para mañana. No puedo volverme atrás. Soy un hombre de palabra.

La anciana se retira refunfuñando por lo bajo y Vitín la ve marchar con una leve sonrisa.

— Te daré gusto después de mañana, vieja rezongona. Trabajaré en otra cosa. Voy a complacerte. Tu felicidad por encima de la mía.

Se lleva la diestra a la boca para estrangular un bostezo. Piensa en su padre. Era muy pequeño cuando ocurrió la tragedia. No recuerda el rostro de su progenitor, pero lo que no ha podido olvidar es la figura de su abuela. La recuerda trepada en una lancha con el rostro contraído por el dolor. En su cerebro aún martillean las palabras de la abuela dando órdenes.

— ¡Rápido! ¡Todos a las lanchas! Tenemos que encontrar a mi hijo.

¡Todos a las lanchas! Debemos vencer a la marea a como dé lugar.

Evoca aquella figura menuda dándole incansablemente a los remos y gritando desesperadamente:

— El mar no se saldrá con la suya. Lo rescataremos.

Mientras Vitín masca los recuerdos, en la habitación contigua, una viejita solloza en silencio.

— Te vas en contra de mi voluntad. ¡No vayas! Habla con los demás pescadores. Ellos pueden cumplir con el encargo.

— Tengo que ser yo.

Se acerca a la anciana y la envuelve en una mirada de cariño. Luego le tuerce una oreja.

— Eres una vieja empollona, ¿lo sabías?

— ¡No vayas, Vitín!

— ¡Y dale con lo mismo! Ya está decidido, pero a partir de mañana, se acabó el mar, te lo prometo.

— Eres un terco.

— No, simplemente un hombre que cumple con su deber.

Vitín se encuentra mar adentro. Está satisfecho. Las redes están llenas del mejor pescado.

— Y ahora, a darle gusto a mi abuela. Se acabó el mar.

Lo dice con nostalgia. El se hizo en el mar, pero lo prometido es deuda.

Introduce las redes en su lancha y de improviso, comienza a soplar una fuerte brisa. El no se lo explica. Todo había estado tranquilo. Se apodera de los remos y emprende regreso. El remar se dificulta por la

fuerza del viento que arrecia cada vez más fuerte. Piensa en la abuela que debe estar preocupada.

— Este viento no me agrada. ¡Pobre abuela! Pero llegaré y ella me envolverá en sus brazos como de costumbre.

La abuela está intranquila. Las palmas de coco gritan furiosas al compás del viento. No sabe qué hacer. Su nieto está en el mar. Camina, luego se detiene, después vuelve a caminar. Se acuerda de la radio y la sintoniza. Lleva quince minutos y la radio no dice nada. Cambia de frecuencia. Sube el volumen y espera. De pronto una voz se deja oír:

— Se ruega a las embarcaciones pequeñas que regresen a la bahía. El tiempo es pésimo. La marea sube considerablemente y es muy peligroso permanecer en el mar.

— ¡Dios mio! Vitín no llega. Cuidámelo, Señor. No permitas que la historia se repita.

El cuerpo menudo de la anciana se cimbreo. Se descalza y sale corriendo en busca de ayuda.

— ¡Ayúdenme, ayúdenme!

— Tenemos que buscar a Vitín.

A sus gritos de socorro, se unen muchos pescadores.

— ¡Vamos, doña Nica! ¡Suba! Salvaremos a su muchacho.

— Sí. Esta vez el mar no se saldrá con la suya.

— Así se habla.

La figura de doña Nica es un espectáculo. Lleva aún puesto el delantal, las crenchas al viento, los ojos muy fijos en el mar. La tarea es ardua. La lancha no puede ganar terreno. El viento se lo impide. La lancha se ha convertido en hoja seca, en un juguete del viento.

— Detente viento ingrato, ¿no ves que mi nieto está allá adentro?

A ellos, se une una flota de embarcaciones, inclusive, la Guardia Costanera, pero en vano. La lancha de Vitín no se vislumbra, pero la anciana continúa con los ojos bien abiertos acuchillando el mar.

Cae la noche, el viento arrecia. Los pescadores que acompañan a la abuela de Vitín comienzan a temer. Es imposible pelear con el viento. No avanzan una pulgada. Sus esperanzas empequeñecen como hormigas.

— Debemos regresar, doña Nica. Esto se ha convertido en un verdadero infierno.

— ¿Volver, mientras mi nieto clama por ayuda? Es usted un cobarde.

— No lo soy. La labor se dificulta.

— Perdóname, no sé lo que digo.

La anciana llora, golpea sin piedad el piso de la lancha.

— ¡No es posible! No es posible que...

— Tratemos de regresar. Vitín es joven y fuerte. No tardará en aparecer.

— Sí, regresemos. Yo sé que mi nieto volverá y nunca más entrará en el mar. El me lo prometió.

La anciana desciende de la lancha. Va con el alma encogida. De repente, se ilusiona. Sus pupilas tropiezan con las redes de Vitín.

— ¡Las redes de mi muchacho!

Entra y mira a su alrededor. Su corazón galopa de felicidad. Allí está su nieto descansando plácidamente sobre el viejo sofá.